



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13402

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero: tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 21 DE JULIO DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ESPAÑA Y NORTEAMÉRICA

Echan las campanas á vuelo los «Tratadistas» ante la noticia, propala-da con discretas reservas, de que los Estados Unidos de la América del Norte se dignan pactar con España ciertos comerciales, y aun cuando el hecho sea satisfactorio en el orden de las relaciones exteriores, no parece que sea tan decisivo para nuestro por-venir que aconseje un regocijo desme- surado.

Por egoismos mercantiles ha sido expulsada la nación española por los yanquis, no sólo del territorio, sino de los mercados del nuevo Continente; pero los Estados Unidos, que han podido sustituir con la suya nuestra so-beranía ultramarina, no han tenido poder para arrancar de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el idioma, los sentimientos y los intereses españoles.

Por eso pactan con España, obser- vando que son los españoles todavía bastante poderosos y ricos para figurar en último término en la estadística de inmigrantes á Norteamérica, lo cual prueba que en los Estados Unidos no hemos perdido nada.

No hay que poner en duda que un acuerdo comercial con los norteamer-icanos puede establecer corrientes pro-vechosas de intereses para ambos pue- blos; pero los Estados Unidos no pro-ducen por sentimiento sino por cálculo, y es de presumir y pensar que al establecer relaciones mercantiles con España, lo hacen persuadidos de que aquí existe un gran mercado para sus manufacturas.

¿Qué exportamos los españoles á la América del Norte? Antes que nues- tros productos lleguen allí, nos dispu- tarán el puesto, de un modo encarniza- do, otras naciones que se encuentran en mejores condiciones que la nuestra respecto á industria, producción y co- mercio.

En la balanza mercantil hispano-ame-ricana puede abrigarse el convencimien- to de que el saldo nos será siem-

pre adverso. Saldrán de España más miles de duros á sepultarse en el pecu- lio norteamericano, que dollars de los Estados Unidos para venir á parar al bolsillo español.

Pero como no hay que mirar sola- mente á los intereses, hay lugar para no sentir que la buena armonía entre los Estados Unidos y España, se es- tablezca, porque á una nación que se encuentra en las condiciones que la nuestra no puede nunca serle prove- choso el aislamiento.

Sin embargo, de eso, á regocijarse extraordinariamente por haber llegado España á acuerdos comerciales con los Estados Unidos, media un abismo; y no hay que olvidar que la nación nor- te-américa tiene interés muy grande en destruir la solidaridad sudamerica- na donde predomina el elemento es- pañol, y que no pudiéndolo conseguir directamente pueda intentarlo de sos- layo.

## Ecos mundiales

### Monumento á Cavallotti.—Un general asesinado.

Milán acaba de honrar á una de las figuras más nobles que han honrado á la moderna Italia.

Nos referimos á Félix Cavallotti, muerto hace ocho años trágicamente en un duelo para defender sus ideales. Fué una verdadera pérdida nacional la eliminación del mundo de los vivos de este gran patricio que reunía á un gran corazón una inteligencia privile- giada, abierta siempre á la lucha por la libertad.

Con motivo de la inauguración del monumento erigido en la famosa ca- pital italiana á Cavallotti, uno de sus hijos predilectos, aparece á nuestros ojos su vida completa en la que el ideal fué unido siempre á la acción.

Con Garibaldi combatió por la uni- dad italiana con el entusiasmo, la magnanimidad y el ardimiento que son la característica de su personali- dad.

Su nombre va unido á las páginas más nobles de la historia de Italia.

Fué un gran virtuoso, inexorable en sus ataques á los corruptores y co- rrompidos.

El monumento es un tributo de jus- ticia á un hombre ilustre y una ense- ñanza para el pueblo á quien tanto amó Cavallotti, cautivándole con su palabra ardiente, digno de un verda- dero artista, de un poeta y dramatur- go inspirado.

El monumento es obra del escultor Ernesto Bazzaro, famoso artista que en 1900 alcanzó el gran premio de es- cultura en el Salón de París por su estatua «Agotamiento».

Bazzaro esculpió á Leonidas en la parte alta del monumento como sím- bol del valor y del sacrificio en pre- sencia del deber, virtudes que poseía en alto grado Cavallotti, «caballero andante» de todas las causas justas.

En los bajo relieves están represen- tados los principales episodios de la vida de Cavallotti y en el que corres- ponde á la parte delantera del monu- mento está aquél en su actitud fami- liar dirigiendo la palabra á la multi- tud.

El monumento ha sido esculpido en una enorme mole de mármol de Carrara, animada por el escultor con trazos seguros, dignos del talento de Bazzaro.

\*\*

En los jardines de Peterhof ha sido asesinado el general Kozlow, jefe de Estado mayor.

El asesino es un individuo bien tra- jeado, quien antes de cometer el cri- men se sacó del bolsillo una fotogra- fía para reconocer á su víctima.

Se cree que el delito no tiene carác- ter político, porque el general no había realizado nunca trabajos de carácter policiaco, concretando su esfera de acción á la diplomacia.

Todo ello induce á creer que hay algún motivo de orden privado que ha generado el crimen, uno más que hay que añadir á la lista sangrienta que registra la historia rusa contem- poránea al intentar el pueblo la liqui- dación de tantos siglos de opresión y de despotismo.

Carlos.

## PROCESOS CÉLEBRES

La quiebra de un militar.—Mujeres des- pitarradoras.

Hállase á punto de terminar, en Alemania, el proceso del mayor von Zander, acusado de quiebra fraudu- lenta.

Es verdaderamente triste la historia de este oficial.

Arruinado por las prodigalidades de su mujer, se vió obligado á gastar bas- tante dinero cuando se veía ya inme- diato á la bancarrota, para ingresar en la orden de los Johannitas, para la que le propuso el general von Trotha.

Trató de salvarse negociando ven- tas de terrenos á compañías para la explotación de productos químicos, y al ver sus proyectos destruidos por la guerra ruso-japonesa, pignoró en el Monte de Piedad las numerosas órde- nes con que había sido condecorado por el emperador.

Acusado al fin de quiebra fraudu- lenta, ha sufrido más de un año de prisión preventiva, durante la cual ha tenido que padecer las desatenciones y groserías de sus acusadores que le trataban como un malhechor vulgar.

Los cargos que sobre von Zander pesan, no parecen ser demasiado gra- ves.

Una de las principales acusaciones es la de que prestó juramento de no poseer alhaja alguna cuando tenía un par de gemelos de insignificante va- lor.

El mayor von Zander contrajo deudas considerables; pero contaba para pagarlas con una comisión de seiscien- tos mil marcos por la venta de unos terrenos.

La operación era segura; fueron precisas circunstancias tan excepcio- nales como una guerra para que no se verificase.

Durante toda su vida matrimonial, luchó von Zander desesperadamente con los hábitos de prodigalidad de su esposa, antigua dama de honor de una princesa de Hannover que no daba valor alguno al dinero. Tratando de darle alguna idea de la economía, du- rante varios meses llevó él mismo el

libro de gastos de la casa, anotando hasta las partidas de 5 pfennig de pe- regil; nada bastó, sin embargo, para remediar la ruina, contra la que luchó de un modo heroico.

Cuéntase que en un interrogatorio, declaró defendiéndose de la inculpa- ción de haber empeñado sus cruces.

—Federico II, en momentos de apu- ro, empeñó también en el Monte de Piedad los diamantes de la corona y las órdenes que poseía.

—Era para salvar la monarquía,— objetó el juez.

—Y yo, señor juez,—repuso von Zander,—lo hice por salvar el honor de un oficial prusiano.

La prensa alemana llena diariamen- te sus columnas con noticias é infor- maciones referentes á este asunto, que ha inspirado gran interés en la opinión general.

## RETAZOS HIGIÉNICOS

### Consejos á los bañistas

Siendo la presente época estival la más adecuada para hacer uso de los baños, como medida higiénica refri- gerante, aconsejo á mis lectores que cuando se bañen tengan presentes y practiquen los siguientes preceptos:

1.º Para entrar en el baño es pre- ciso que el cuerpo esté descansado y la piel desprovista de sudor.

2.º El baño no debe tomarse has- ta tres horas después de haber co- mido.

3.º La inmersión del cuerpo en el baño ha de ser brusca y total, procu- rando mojarse bien la cabeza, que de- be ir desprovista de gorras y colias impermeables; un simple sombrero de paja bastará para resguardarla de los rayos solares.

4.º La duración del baño variará según el temperamento y constitución orgánica de cada individuo; en los su- jetos robustos podrá durar más que en los débiles; de todas formas, para que el baño resulte tónico, es preciso abandonarlo tan pronto como co- mience á iniciarse el primer escalofrío de la segunda reacción, que suele presentarse de los diez á los veinte minutos después de la inmersión en el baño.

aplanchada, y un «canti-blancos» nuevo á la cintura, zapa- teaba con destreza admirable.

Pasado aquella mano, que así llaman los campesinos cada pieza de baile, tocaron los músicos su más hermoso bambuco, porque Julián les anunció que era para el amo. Reuzita, animada por su marido y por el capitán, se resolvió al fin á bailar unos momentos con mi padre; pero entonces no se atrevió á levantar los ojos, y sus movi- mientos en la danza eran menos espontáneos. Al cabo de una hora nos retiramos.

Quedó mi padre satisfecho de mi atención durante la visita que hicimos á las haciendas; mas cuando le dije que en adelante des-aba participar de sus fatigas quedán- dome á su lado, me manifestó casi con pesar, que se veía el caso de sacrificar su bienestar á favor mío, cumplién- dome la promesa que me tenía hecha de tiempo atrás, de enviarme á Eu opa á concluir mis estudios de medicina, y que debía emprender viaje á más tardar dentro de cua- tro meses. Al hablar así, su acento se reveló de una seriedad solemne sin afectación, que se notaba en él cuando tomaba resoluciones irreversibles. Esto pasaba la tarde en que regresábamos á la sierra. Empezaba á oscurecer, que á no haber sido así, habría notado la emoci- ón que su negativa me causaba. El resto del camino en

hizo sin que anudásemos la conversación. ¡Cuán feliz hu- biera yo vuelto á ver á María, si la noticia de ese viaje no se hubiese interpuesto desde aquel momento entre mis esperanzas y ella!

VI

¿Qué había pasado en aquellos cuatro días en el alma de María?

Iba ella á colocar una lámpara en una de las mesas de salón, cuando me acordé á saludarla; y ya había yo extrañado de no verla en medio del grupo de la familia en la escalera donde acabábamos de desmontarnos. El tem- blor de su mano expuso la lámpara, y yo la presté mi ayuda, menos tranquilo de lo que creí estarlo. Percibíame ligeramente pálida y alrededor de sus ojos había una leve sombra, imperceptible para quien la hubiese visto sin mi- rarla. Volvió el rostro hacia mi madre, que hablaba en este momento, evitando así que yo pudiera examinarlo

Salomón, primo suyo á quien mucho había amado desde la niñez, acababa de perder su esposa. Muy jóvenes ha- bían venido juntos á Sud-América, y en uno de sus via- jes se enamoró mi padre de la hija de un español, intré- pido capitán de navío; que después de haber dejado el servicio por algunos años, se vió en la necesidad en 1819 á tomar las armas en defensa de los reyes de España, y que murió fusilado en Majagual el 30 de Mayo del 1820.

La madre de la joven que mi padre amaba, exigió por condición para dársela por esposa que renunciase él á la religión judaica. Mi padre no hizo cristiano á los veinte años de edad. Su primo se aficionó en aquellos días á la religión católica, sin ceder por eso á sus instancias para que también se le diese á utilizar, pues sabía que lo que hecho por mi padre le daba la esposa que deseaba, á él le impediría ser aceptado por la mujer á quien amaba en Jamaica.

Después de algunos años de separación volvieron á verse, pues, los dos amigos. Ya era viudo Salomón. Sara, su esposa, le había dejado una hija que tenía á la sazón tres años. Mi padre le encontró desfigurado moral y físicamente por el dolor, y entonces su nueva religión le dió consuelos para su primo, consuelos que en vano habíam